

Se anuncia, que el conservador de los archivos públicos de Londres, sir J. Dafus Hardy, ha elegido ya la persona que debe ser enviada para aprovechar esta autorización. Este es M. Joseph Stephanson, y su salida para Roma se verificará en breve. Hasta la fecha, es la única noticia a quien se le ha otorgado tal privilegio.

MENSAJE

DE LOS OBISPOS CATÓLICOS INGLESES
A LOS OBISPOS PERSEGUIDOS DE ALEMANIA
Y DE SUIZA.

AL REVERENDÍSIMO ARZOBISPO DE COLONIA,
PRIMADO DE GERMANIA, EL CARDENAL ARZOBISPO DE WESTMINSTER Y LOS OBISPOS DE INGLATERRA.

Paz y salud en el Señor.

Monseñor y muy querido Hermano, Confesor de la Iglesia de Dios: Nosotros os saludamos muy afectuosamente, como a los demás Hermanos, que, por haber defendido la autoridad y libertad de la Iglesia, están en prisión, y de todo corazón nos regocijamos con vos, y, por nuestro intermedio, con los otros Obispos encarcelados.

Nos hemos leído con muy grande alegría, y aprobamos la carta, que habeis dirigido al Gobierno imperial, combatiendo los argumentos capciosos dirigidos contra la dignidad del Concellio del Vaticano y de todo el Episcopado; y lo que más nos ha llenado de admiración, es la noble protesta, en la que habeis reivindicado para el Sagrado Colegio el libre poder de elegir al sucesor del Santo Padre, poder completamente libre de toda especie de temor, por más mínimo que sea.

Por este motivo, muy querido Hermano y señor, considerando, que vuestra admirable carta es de alta utilidad para la Iglesia y para la instrucción y edificación de los fieles, nosotros, Obispos ingleses, hemos resuelto comunicar esta misma carta a nuestro Clero, y hemos decidido leerla al pueblo

en la Misa solemne. Esta publicidad permitirá, según nuestro vivo deseo, dar a conocer a todos los fieles é infieles que están en Inglaterra y en otros países, que nosotros, hermanos vuestros, estamos con la palabra y con los actos con vosotros de todo corazón.

Finalmente, no sabiendo de qué modo enviar con seguridad nuestro saludo á los otros Obispos de Alemania, nosotros nos dirigimos á vuestra cortesía y á vuestra fraternal benevolencia, para rogaros, reverendísimo señor, emplear los medios para transmitir esta carta á los Obispos vuestros colegas.

Los firmantes: Enrique Eduardo, Cardenal de la santa Iglesia romana, Arzobispo de Westminster.—Tomás G..., Obispo de Newport.—Guillermo B..., Obispo de Birmingham.—Santiago, Obispo de Srewsbury.—Guillermo, Obispo de Plymouth.—Guillermo, Obispo de Clifton.—Francisco, Obispo de Northampton.—Roberto, Obispo de Beverley.—Santiago, Obispo de Hexham.—Santiago, Obispo de Southwarck.—Erberto, Obispo de Salford.—Bernardo, Obispo de Liverpool.—Eduardo, Obispo de Nothingham.»

Los Obispos ingleses han igualmente dirigido la siguiente carta á los Obispos perseguidos de Suiza:

A LOS OBISPOS DE LA IGLESIA CATÓLICA EN SUIZA, QUE COMBATEN GLORIOSAMENTE POR LA FE, EL CARDENAL ARZOBISPO DE WESTMINSTER Y LOS OBISPOS DE INGLATERRA.

Paz y salud en el Señor.

Venerables y muy queridos Hermanos: No os admiréis de la ardiente prueba que ha empezado para vosotros: si Dios os ha elegido con preferencia á los otros, es con el fin de que, para la edificación de la Iglesia, deis el ejemplo de calma interior, de fortaleza y de triunfo. Vosotros sois para nosotros un modelo de constancia, un reclamo y un estímulo de nuestra fidelidad. El combate que sostenéis, no le sostenéis contra herejes ó cismáticos, imbuídos por largo tiempo en sus errores, porque la unidad de creencia y la verdad revelada, no existen, ha ya largo tiempo, en Suiza, entre vuestros adversarios.

Los que se agitan y os persiguen son los hijos del mundo y de su príncipe, y es natural que hagan las obras de su padre. El espíritu pervertido, y el corazón corrompido, se esfuerzan en hacer desaparecer el nombre de Jesús, y en impedir su reino en la tierra. Quieren destronar al Rey de la gloria eterna, para deificar el estado civil y adorar al dios César.

Verdaderamente que hoy, el desgraciado padre de la herejía helvética, Calvino, apenas podría reconocer á los suyos. Es bien sabido, que el arrancó el libre albedrío á la voluntad humana. Todos los calvinistas, aunque rechacen esta absurda perversidad, rehusan ó se esfuerzan en quitar á los cristianos toda libertad.

No os turbeis, muy queridos Hermanos; los sucesos actuales no tienen otro resultado, que el de hacer resaltar más vuestra fe, y hacer brillar mucho más el celo por las almas, de que están inflamados vuestros Sacerdotes, y á quienes se les presenta ocasión, por medio de esa turba de apóstatas traidores, de simoniacos, ya privados, según las reglas de la Iglesia de Dios, del servicio de todo ministerio pastoral y sacerdotal, que manciellan y profanan los santuarios de la Suiza, merced al favor y capricho del Gobierno. Por disposición de la Providencia, la ruin pérdida de estos hombres hace más manifiestas al mundo católico vuestra fe viva y vuestra constante fidelidad á Jesucristo y á su Vicario.

Por esto, venerables señores y muy amados Hermanos, cada día, por medio de nuestras súplicas, tomamos una parte muy viva en vuestra suerte gloriosa y en vuestras persecuciones, y pedimos al Señor, que salve vuestra muy ilustre y muy querida Iglesia. Si en unión de vuestras aflicciones y de vuestros dolores, el amor de vuestros hermanos, que combaten con vosotros, con todo su corazón, puede procuraros algún consuelo, tened por seguro, que jamás nosotros faltaremos en nada á esta parte de nuestro deber.

(Siguen las firmas mencionadas más arriba.)

V.

BÉLGICA.

OVACION AL ARZOBISPO DE MALINAS, CREADO CARDENAL.

La Bélgica católica acaba de hacer en Malinas una ovación á su ilustre Primado, el Arzobispo, monseñor Deschamps, recientemente elevado á la dignidad cardenalicia por Su Santidad el Papa Pío IX. Este triunfo, obtenido por el Cardenal á su vuelta de Roma, siendo hoy en ese país muy significativo, podrá, tal vez servir en los demás, á unos de lección, y á otros de estímulo.

El Estado mayor y las tropas de las diferentes armas, estaban formadas ya en sus puestos respectivos, poco ántes de llegar el tren á la estacion, ocupada ésta, muy de antemano, por una multitud innumerable. Por todas partes ondeaba la bandera pontificia y la tricolor belga, suspendidas en medio de las calles por las que debía pasar la comitiva; y en las fachadas de las casas hallábase una infinidad de banderas tambien, así como cifras alusivas, escudos é inscripciones, inspiradas todas por el mismo sentimiento de amor y veneracion hácia el Papa-Rey.

El tren especial, que conduce á Su Eminecia, entra, por fin, en la estacion. La multitud entusiasta se agolpa en el andén, ansiosa de saludar á su querido Prelado, y prorrumpe al verle en vivas sinceramente calurosos, que encuentran eco en toda la ciudad. Difícilmente puede abrirse paso monseñor Deschamps entre las filas compactas, hasta llegar al coche que le esperaba, y en el que, seguido de una brillante comitiva y de un piquele de caballería, se trasladó, desde luego, á Nuestra Señora de Hanswyk.

Desde esta iglesia, Su Eminecia, revestido de los ornamentos cardenalicios, se dirigió á la Catedral, precedido de una solemne procesion, cual nunca se había visto en aquella ciudad. Terminado el oficio á las tres, monseñor Deschamps dirigióse al palacio arzobispal, en donde recibió hasta las seis de la tarde.

Acabada la recepcion, tuvo lugar en el Seminario el banquete. Su Eminecia tenía á su derecha al baron D'Anethan, ministro

de Estado actual, y á su izquierda al general Goethals. A los brindis, el ministro de Estado tomó la palabra, pronunciando las siguientes palabras, que son, hoy, muy significativas, en el actual incidente germano-belga.

«Tengo el honor de proponeros, dijo, un brindis bien agradable á todos los corazones católicos, á Su Santidad Pio IX, depositario y guía infalible de nuestra fé. No emprenderé la tarea, por demás inútil, ante este auditorio, de trazar el retrato del Soberano Pontífice, esa grande y noble figura, sobre la cual tiene fijas sus miradas el mundo entero, y cuyo Pontificado ocupará en la historia de la Iglesia un puesto tan importante.

«¿Qué lenguaje sería bastante elevado para tratar un asunto semejante, y qué voz bastante elocuente, para expresar dignamente los sentimientos que á todos nos animan, nuestros sentimientos de veneración profunda y de filial afección hacia el Pontífice augusto, que Dios conserva tanto tiempo há, á la cabeza de su Iglesia?

«El pueblo belga, que en todos tiempos ha sido y es hoy todavía eminentemente católico, se ha distinguido siempre por una fidelidad inalterable hácia la Santa Sede, cuya independencia debe ser completa y absoluta, para que el Jefe de la Iglesia pueda hacer oír su voz en todas partes, en plena libertad, y mantener así esa unidad, que es uno de los caracteres, una de las fuerzas del Catolicismo, y que contribuye tan poderosamente á demostrar su verdad.

«Entre los actos del Santo Padre, figura uno, que en esta circunstancia no puedo dejar de señalar, la elevación al cardenalato de nuestro tan querido Arzobispo.... Todos unánimes demos las gracias al Santo Padre por la elección que ha hecho, dando entrada en el Sacro Colegio á un Prelado, á quien ha juzgado capaz y digno por su saber y sus virtudes de sostener con El las pruebas de los tiempos difíciles que atravesamos.

«Hagamos votos, para que la Divina Providencia conceda aun largos días á Su Santidad; supliquemos á Dios, que oiga las oraciones que le dirigimos por la felicidad de nuestro Padre comun, por la prosperidad y la propagación de la Iglesia, cuyas saludables doctrinas enseñan la distinción de los dos poderes, y el respeto hácia cada uno de ellos, y tienden, por las reglas y deberes que

prescriben, á asegurar la paz pública, y á garantizar á los Gobiernos y á los pueblos los beneficios del orden, de la seguridad, de la verdadera libertad.

»A Su Santidad Pio IX.»

Su Eminencia respondió en estos términos:

«Acabais de oír, señores, palabras ciertamente benévolas, demasiado benévolas para conmigo, y la verdad me obliga á completarlas con estas otras: que Dios me conceda el llegar á ser todo lo que habeis dicho de mí. Estoy muy lejos de mereerlo; pero me consuela el pensar, que cuando se está revestido de alguna autoridad, encargado de cualquier misión, se tiene derecho á esperar de Dios fuerzas para cumplirla, con tal, de que se le pidan con el convencimiento de nuestra propia debilidad, pobreza y miseria, y con la confianza de un cristiano, que conoce esta promesa: «Estaré con vosotros.»

«Lo que digo de la autoridad espiritual, lo digo también de las otras autoridades que la Providencia requiere: *a Deo ordinatae sunt*; y ordenadas por Dios, deben apoyarse en Dios. Estas diferentes autoridades son distintas, pues cada una tiene límites determinados, según el fin que le es propio; pero si son distintas, son sinceramente armónicas, pues que todas tienen por objeto el hombre, que es indivisible.

«De esta armonía tenemos aquí una imagen consoladora, y nos es muy agradable el recordar, en esta circunstancia, la gloriosa tradición de los belgas, que han amado siempre unidas la autoridad y la libertad, sabiendo, que, estas dos grandes cosas, lejos de ser contradictorias, son correlativas, y que la libertad no se distingue de la licencia, en todas las esferas sociales, religiosas, civil, ó militar, sino por el respeto de la ley y de la autoridad.

«Seamos siempre fieles á estas tradiciones, y yo quiero serlo el primero. Rindo, pues, homenaje, y brindo por las autoridades civiles y militares, que se dignan honrar esta fiesta con sus dignísimos representantes, con sus miembros los más elevados. Brindo, particularmente, por el ejército, garantía del orden, apoyo de la independencia nacional, ejemplo del sacrificio y de la abnegación hácia la patria.

»Por las autoridades civiles y militares.»

El general Goethals, y el diputado Kerckhove, contestaron al brindis de S. E., el primero, en nombre de la autoridad militar, y en el de la civil el segundo.

Los estudiantes de Lovaino, que se dispersaron después de la procesion, dieron una serenata al Cardenal.

En este momento tuvo lugar un incidente desagradable. Fué el caso, que un grupo de aquellos matones liberales, procedentes de la universidad libre de Bruselas, y que acudieron *ad hoc*, prorumpieron en un «¡Abajo el Cardenal!» que les trajo fúestas consecuencias, pues en un instante desaparecieron, como por encanto, bajo un mar de humanas extremidades, que los arrollaron al grito unánime de la muchedumbre de: «¡Muera la canalla!»

Las fiestas no terminaron hasta muy avanzada la noche.

VI.

SUIZA.

LA UNION DE LOS CAMPOS.

PRIMERA FIESTA ANUAL.

La Iglesia católica, perseguida en Suiza, ha presenciado una fiesta verdaderamente extraordinaria en nuestro siglo de indiferencia religiosa.

Treinta municipios del canton de Ginebra han formado la *Union de los campos*, para defender los derechos de su fé y de su patriotismo.

El 30 de Marzo, la *Union de los campos*, ha celebrado una gran ceremonia religiosa y nacional. Siguiendo el uso del país, los municipios se citaron para divertirse con la ocasión de un tiro; mas la fiesta empezó por la bendición de una hermosa bandera, dedicada por las damas católicas de Ginebra á los defensores de la Iglesia y de la patria.

El abate Jacquard demostró en una sucinta improvisación, que hoy, como siempre, los dos sentimientos de *fidelidad á Dios* y á la *patria* se enlazan y reciprocamente se recomiendan.

«Nuestro Señor Jesucristo, dijo, ha consagrado estos dos bellos sentimientos del alma humana con la autoridad de su palabra, el que mostraba á todos el camino del cielo, y vertía lágrimas por su ingrata patria, de la cual previeja las desgracias y ruina.»

El Vicario general, Demoyer, dió en seguida la bendición á nombre de monseñor Mermillod, hoy desterrado.

Los tres mil hombres, miembros de la *Union*, marcharon en seguida al lugar del tiro, acompañados de una turba inmensa y simpática, que no cesó de aumentarse en todo el día.

Al medio día se celebró la Misa en el centro de la pradera. Al Evangelio, el celebrante M. Jacquard, tuvo la feliz ocurrencia de volverse hácia la asamblea, para recomendarle cantar con entusiasmo el *Crede*, «símbolo de la fé católica, que es en el mundo como un estandarte ennegrecido por el humo de las batallas, y que hace diez y nueve siglos oye silbar las balas de la heresia y de la incredulidad.»

El entusiasmo no faltó, y todo el concurso entonó con voz fuerte y vibrante el *Crede*, que los ecos de las montañas parecían llevar de síglo en síglo.

Un poco despues, M. Trahers, presidente del Circulo de obreros, con motivo de esta ceremonia, exclamó en su discurso:

«Al defender los derechos imprescriptibles de Dios, las santas libertades de su Iglesia, habeis revivir las antiguas tradiciones de la patria. Defendeis vuestras municipalidades, contra los abusos de la fuerza; el hogar doméstico, contra la intrusión tiránica del poder; la conciencia, contra el servilismo á que quieren reducirlos los enemigos de la Iglesia. Teneis en vuestras manos la causa de vuestras madres, que os han enseñado el *Crede*, y la de vuestros Hijos, á quienes lo repetis.»

M. de Montfalcon, que ofrecia la hospitalidad de su vasta propiedad á los miembros de la *Union*; tomó también la palabra, exclamando al mostrar la bandera:

«Aceptamos como en presagio de éxito feliz esta bandera, dada y recibida con tanto entusiasmo y patriotismo; ella marchará á nuestra cabeza, y flotará de un extremo al otro de nuestro territorio católico. La haremos temblar á nuestros adversarios, y la haremos amar y respetar.»

Una protesta debía hacerse contra la in-

trusion del clero aventurero, y la hizo el abogado Fontaine con las palabras siguientes:

«Somos los primeros en querer un clero que ame la patria; mas es preciso no jugar con las palabras. A la manera que es imposible hacer un clero católico con apóstatas, del mismo modo jamás se hará un clero liberal con gentes serviles, ni un clero nacional con gentes desconocidas, que vienen cuando se les ofrece dinero, que desaparecen cuando ya no se les dá más, porque su patria es donde se les paga.—El verdadero clero nacional, señores, es aquel que ha bendecido nuestros hogares, que ha consagrado nuestros matrimonios, y que ha santificado la cuna de nuestros hijos, y la tumba de nuestros padres.»

El Papa, y después monseñor Mermillod, no fueron olvidados en las aclamaciones.

El tiro fué brillante, el sonquete fraternal, la distribución de premios solenne; mas los recuerdos que todos han llevado, son todavía más preciosos que los premios reservados á los vencedores.

USURPACION DE LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE GINEBRA POR LOS VIEJOS CATÓLICOS.

Las noticias de Ginebra del 14 de Abril manifiestan, que aquella ciudad está todavía bajo la impresión de la emoción profunda, que acababa de sufrir por el nuevo atentado cometido contra la libertad religiosa: Esta vez, no son solamente los católicos, sino, sin distinción de opiniones políticas ó religiosas, todo aquel, que conserva todavía algun sentimiento de honor y de justicia, los que se asocian á estos sentimientos.

Los católicos, amenazados en la posesión de la iglesia de Nuestra Señora, acababan de llevar su causa ante los tribunales. La menor noción de justicia parecía prometer, que las cosas permanecerían en tal estado, hasta la terminación del proceso. Sintiendo su causa perdida, los hombres, que se cubren con el nombre de *viejos católicos*, todo lo han puesto por obra para prevenir la acción de la justicia, y colocarla en presencia de un *hecho consumado*.

El hecho es, que tomada en consideración por el Consejo de Estado, una demanda de los *viejos católicos*, sin esperar el resultado

del proceso entablado, llevando la cuestión al terreno administrativo, atropellando todas las consideraciones y todos los derechos de justicia, reconocidos en todas las naciones civilizadas, en la mañana del día 13, ántes de las cinco, M. Peillonex, juez de paz, acompañado de M. Grasdorf, maestro cerrajero, se presentaron delante de *Nuestra Señora*. Inmediatamente la puerta lateral de la derecha fué forzada por orden del juez de paz, y los citados dos personajes, acompañados de M. Deshusses, presidente de la comisión de los *viejos católicos*, penetraron en el interior del edificio, para tomar posesión de él.

Mientras esto se practicaba con tan profundo secreto, que ni el menor ruido había llegado á oídos del público, ni aún del clero de Nuestra Señora, que se preparaba á la celebración en el domingo siguiente en Nuestra Señora, del quincuagesimo aniversario del Sacerdocio de M. Dumoyer, Vicario general de Ginebra y principal constructor de esta iglesia; ¿cuál no sería, pues, la sorpresa de M. Dumoyer y de su Clero, cuando se les anunció, que, tan de mañana, se advertía al rededor de la iglesia un movimiento desacomodado? A esta noticia, el señor Abad Lany, Rector y sus vicarios, descienden á toda prisa, procurando penetrar en la iglesia por la puerta de la sacristía; mas hállala cerrada por dentro, por no sé qué medio, y resistiendo á sus esfuerzos. Rodean en seguida el edificio, y se encuentran con numerosos grupos de agentes de policía y de gendarmes, á quienes interrogan, sin obtener respuesta. Por fin, llegan á las puertas de la fachada, que hallan guardadas cada una por tres ó cuatro agentes, mientras que un cerrajero se disponía á clavar una chapa de zinc, sobre la cerradura de la puerta del medio. Los Sacerdotes suben rápidamente las escaleras, y preguntan á esta gente, qué hacían allí, tan de mañana. Nadie contesta.

En fin; el señor Rector de Nuestra Señora avista al director de policía M. Guenoud, en medio de la turba, que empezaba á reunirse, y corre hácia él; pero éste vuelve la espalda, y no le presta atención, sino á 40 ó 50 pasos. A las instancias del señor Rector, M. Guenoud responde entónces, que no tenía nada que decir. En fin, obligado, «Id á la iglesia, exclama con muy mal humor, es M. Deshusses, presidente de la comisión, y el

señor juez Peillonex, quienes han entrado. La policía está á sus órdenes.

El señor Rector y sus vicarios volvieron á toda prisa hácia la puerta de la derecha, que iba á ser clavada, y á pesar de los esfuerzos de la policía, atraída por un silbido, llegan, se agarran á la puerta para abrirla á la fuerza, y acaban por hallarse en el tambor interior en presencia de M. Deshusses, acompañado de ocho hombres.

—¿Qué haceis aquí á estas horas?—les dice el Rector.—Obrais como ladrones. ¿En virtud de qué derecho estais aquí?

—En virtud de la elección.

—La elección no os ha dado el derecho de violar la propiedad. Yo protesto en nombre de los católicos, en nombre del constructor de la iglesia M. Dumoyer, en nombre de los donadores.

En este momento uno de los vicarios exclama: «Entremos; salvemos al Santísimo Sacramento!» El señor Rector llega á forzar el paso; los vicarios son violentamente rechazados hácia atrás por los agentes, á quienes M. Deshusses da orden de obrar. Llegado á viva fuerza hasta el interior de la iglesia, el señor Rector tuvo una nueva lucha que sostener contra el presidente de la comisión, que había corrido tras de él, y que rehusaba absolutamente, que se hiciese cambio alguno en el estado de cosas existente, y que no cedió más que á la declaración reiterada del señor Rector, de que no saldría de la iglesia sin llevarse el Santísimo Sacramento. En fin, al cabo de cinco minutos, el señor Rector salta de la iglesia con el santo Copon, bajo su vestido, y sus vicarios, que le habían esperado en lo alto de las escaleras al lado de los gendarmes, lo escoltaron hasta la capilla vecina de las Hermanas de la Caridad, donde fué colocado. Un solo católico se halló presente para unirse al cortejo.

Tal es el relato de los hechos, que acaban de sumir en el estupor, no solamente á los católicos, sino á toda la población honrada de Ginebra. Se preguntan con espanto, en presencia de tales excesos, si hemos caído en poder de un comité, á quien pertenezca sustituir su acción oculta á la de la justicia, y de las leyes, con desprecio de las garantías más elementales de la propiedad, y todos tiemblan al pensar, en los trastornos á que, de un instante á otro, podemos estar expuestos por semejante camino.

Entre tanto, los católicos, víctimas de esta odiosa alevosía, no le abandonan. El proceso ha comenzado. En la primera sesión, el señor abogado Juarez ha anunciado, que próximamente se presentarían numerosas intervenciones por diversas partes. Estas intervenciones, que se elevan al número de más de 600, serán hechas, ya á nombre de los católicos de Ginebra, ya al de los principales grupos extranjeros, franceses, italianos, belgas, etc., que han dado fondos para la construcción de la iglesia. Monseñor Mermillod acaba de dirigir una carta admirable á los católicos tan probados de Ginebra, encargándoles la perseverancia en la defensa de sus derechos. El Prelado desterrado ha dirigido, al mismo tiempo, al Consejo de Estado una enérgica protesta contra la injusticia cometida.

VI.

AUSTRIA.

El 15 de Abril, y con ocasión del Jubileo, se ha publicado en Praga una notable Pastoral colectiva del Episcopado de Bohemia. En dicho documento deploran los Prelados amargamente los tristes sucesos de estos últimos años, el despojo del Padre Santo, su cautiverio y la guerra encarnizada que, por todas partes, se hace á la Iglesia. Recomiendan muy especialmente á los fieles, que no desatiendan la práctica de sus deberes religiosos, y tomen parte en las elecciones de todo genero, así de los municipios como de las escuelas y del Estado, para defender á la Iglesia de toda persecución.

Segun dicen de Breslau, con fecha 16 de Abril, el 17 debió celebrarse el príncipe Obispo de aquella diócesis, monseñor Forster, el 50 aniversario de su entrada en el sacerdocio. El Papa le había enviado, con motivo de la solemnidad, un Breve autógrafo y el *Pallium*. El Gobierno prusiano, por su parte, había prohibido expresamente y severamente á todos sus empleados, que asistieran á las fiestas que se estaban disponiendo con tal motivo.

En Silesia ha sido recibida con gran alegría por los católicos, la señaladísima distinción concedida por Su Santidad á monse.

ñor Forster, pues el *Pallium*, como es sabido, solo se concedía á los metropolitanos.

VIII.

RUSIA.

Hay en la Podolia, antigua provincia de Polonia, unos trescientos mil católicos, de quienes el Gobierno ruso exige, á toda costa, que abracen el cisma. Hace más de un año, que la sangre de aquellos fieles corre con abundancia. Los soldados del czar se portan allí como en territorio enemigo. Los habitantes, que se mantienen firmes en su fé, son sometidos á mil tormentos. Los extienden en camisa sobre la nieve, y los apalean hasta dejarles casi muertos, sea por la pérdida de sangre, ó por el frío que les hiela. Si vuelven á la vida, se les somete de nuevo á igual trato. Inmenso es el número de infelices estropeados de esta suerte; echándolos en las ambulancias improvisadas, y se les deja en olvido. A pesar de todo, aquellas pobres gentes lo sufren todo con heroica resignación, prefiriendo, á la apostasía, morir en el seno de la Iglesia católica y romana.

IX.

GENERAL.

La cuestion religiosa adquiere cada día más importancia en Europa, y difícil es abrir un solo periódico, sin que le dedique la mayor parte de sus columnas. Los diarios ingleses, aunque, en el fondo, simpaticen con la politica del principe de Bismark, en sus relaciones con la Santa Sede, no ven con igual satisfaccion, que la Cancilleria germánica quiera pesar fuertemente sobre un pueblo tan libre como la Bélgica. No cabe ya duda, de que las reclamaciones, hechas en esta ó la otra forma, por el embajador alemán en Bruselas, versaban sobre las pastorales de los preladis belgas, animando al Episcopado germánico, á perseverar en su resistencia á leyes contrarias á la Iglesia; sobre la supuesta tentativa del obre-

ro Duchesne de Lieja, contra la vida del principe de Bismark; y acerca de un mensaje de la asociacion católica de Gante, dirigida al Obispo de Paderbon, publicada con grandes elogios por la prensa católica de Bélgica. Conocida es tambien la respuesta, que, hace un mes, ha dado el gabinete belga á las reclamaciones de Alemania. Partiendo del principio, de que la Bélgica es un pais libre, que el Episcopado, las asociaciones religiosas y la prensa solo son justificables por sus extravíos ante los tribunales, los ministros del rey Leopoldo declinan la responsabilidad de sus actos y de sus discursos.

En su respuesta, el ministro de Negocios extranjeros, Aspremont-Lynden, dice, no vacilaria en expresar su sentimiento, de que ciertos órganos de la prensa belga hayan podido publicar articulos ofensivos para la politica del imperio; pero las leyes del Estado no le permiten obrar como en los paises sujetos á un estado excepcional; y en Bélgica, como en Inglaterra, el gobierno tiene que permitir la libre manifestacion de las opiniones de sus ciudadanos. En cuanto á la tentativa de asesinato contra el canceller, el ministro recuerda, que los hechos demostrados prueban, que todo fué una mistificación bien reprobable, á la que no debe atribuirse más gravedad de la que merece, y en la cual no tiene responsabilidad alguna el gobierno belga.

Estas respuestas no han satisfecho en Berlin.

La *Gaceta de Francfort* publica un articulo muy vivo contra las pretensiones de M. de Bismark, de cerrar la boca al Papa. «Nos felicitamos, dice este periódico, de que haya aún un hombre en el mundo, aunque éste sea el Papa, que no quiera doblegar su cerviz á M. de Bismark.»

Despues aconseja á M. de Bismark, que se aplique un *chorro de agua fria*, eh vez de enviarlos á Paris, á Londres ó Roma.

Este articulo termina así: «En suma, parece que es mucho pedir, que nadie pueda abrir la boca en el universo entero, sin el permiso del ministro del rey de Prusia.»

¿Ha producido el esplendor de las fiestas de Venecia y la estrecha amistad, al parecer, establecida entre Italia y Austria, algunos celos en Berlin? ¿Descararía la Alemania, que

Italia, amenazada por Francia y por el imperio austriaco, apareciese como protegida por el que aspira á ser sucesor del sacro Imperio Romano? Algo de esto pudiera sospecharse, en vista de la noticia inesperada, que nos trae el telegrafo, de que el emperador Guillermo ha renunciado, por ahora, á la visita, que, casi oficialmente anunciada, debia hacer á Victor-Manuel, á mediados de Mayo en Milan. Parece, que, á consecuencia de una consulta de los médicos, que han declarado, que la diferencia entre los climas de Alemania y de Italia podia ser poco favorable á la salud del emperador, éste ha manifestado telegráficamente á Victor-Manuel, que no pudiendo ir él personalmente á Italia, lo reemplazará el principe imperial, su hijo, y la esposa de éste, princesa de Inglaterra. La entrevista tendrá lugar en Milan, Florencia ó en Roma, segun los deseos que exprese el rey de Italia.

Las noticias de Viena son de que MM. Andrássy y Visconti-Venosta se han puesto de acuerdo, respecto de abstenerse de toda tentativa de accion internacional contra el Papa, en el supuesto, de que la cuestion pontificia debe considerarse como cuestion de orden interior para Italia.

(Havas-Reuter.)

Paris 8 de Abril.—El *Echo universel* publica un telegrama de Viena, de fecha de hoy, en que se consigna, que de las explicaciones que han mediado entre M. Andrássy y el señor Visconti-Venosta, resulta, que ambos personajes abrigan el convencimiento, de que en la cuestion religiosa es politico dejar, que cada potencia combata la omnipotencia del Vaticano, segun sus necesidades especiales; abstenerse de toda tentativa de accion internacional contra el Papa, debiendo considerarse la cuestion pontificia como una cuestion de orden interior para Italia.

Se asegura que el principe imperial de Alemania partirá el lunes para visitar al rey de Italia, acompañándole varios militares notables.

Es probable, que la entrevista tenga lugar en Florencia.

Paris 9 de Abril.—De las noticias recibidas de Viena, Roma y San Petersburgo resulta, que el gabinete de Berlin queda aislado por completo en la cuestion religiosa.

Italia, Austria y Rusia no quieren, en modo alguno, secundarle en su lucha contra el Pontificado, y se limitarán á mantener en sus respectivos Estados las prerogativas de la autoridad civil.

El gabinete de Berlin, al comunicar á las potencias su nota y su contestacion á Bélgica, ha invocado el 22.º protocolo del Congreso de Paris de 1856, en el cual M. Waleiski pedia, que se dirigiese á la Bélgica una severa advertencia por sus ataques contra el emperador Napoleón.

El Arzobispo de Viena ha publicado una pastoral, en la que ataca vivamente la politica de Prusia relativamente al clero.

ESTADO MORAL DEL ORDEN MASÓNICO EN 1874.

—ITALIA.—Gran Oriente de la Masoneria de Italia, fundado en 1803 en Milan, restaurado en 1861 en Turin, y confirmado en Roma en la Asamblea constituyente Masónica, del 1872 á 1874.

Grandes dignatarios de la Orden con la prerogativa de

GRANDES MAESTROS HONORARIOS PERPETUOS.

José Garibaldi.—Federico Campanella.—José Mazzoni.—Mariano Maresca.

Gran Maestria temporal de la Orden.

GRAN MAESTRO EFECTIVO.

José Mazzoni, abogado y diputado en el Parlamento nacional.

(Almanacco del Libero Muratore, anno quarto 1873. Pubblicazione delle Logie al Rito Simbolico della Valle di Milano.)

El ilustre artista romano Sr. Montecchia, instado para que tomase á su cargo las obras de un templo protestante, á pesar de su humilde posicion de fortuna, lejos de aceptar la invitacion, respondió:

«Los verdaderos romanos ántes prefieren quedarse sin tener que comer, que comprar su pan con semejantes trabajos.»

Respuesta es esta digna de un buen católico.

La suprema y sagrada Congregación del Santo Oficio ha promulgado en 28 de Febrero último, un importante decreto, en el que declara, que la Sede Apostólica no reprobaba el título de NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN, en cuanto los católicos la invocan bajo esta fórmula, como Señora suya; prohibiendo, empero, la invocación de la Santísima Virgen como REINA DEL CORAZÓN DE JESÚS.—Asimismo el Sumo Pontífice ha dispuesto, que las estatuas ó pinturas destinadas al culto, representen á la Santísima Virgen, llevando en los brazos al niño Jesús, no colocando éste delante de las rodillas de aquella.

Uno de estos días, los concurrentes al cementerio del P. La Chaise observaron con extrañeza una reunión de setecientos á ochocientas personas, que se entregaban á extravagantes manifestaciones alrededor de una sepultura, detrás de la Capilla. Era el grupo de los espiritistas parisienses, que habían ido á celebrar el aniversario fúnebre del fundador del espiritismo en Francia, Hipólito Leon Denizard Rivail, más conocido bajo el seudónimo céltico de Allan Kardec (1). Había nacido en Lion en 1803, y murió en 1.º de Abril de 1869. Dotado de no vulgar talento, inclinado al misticismo y al estudio del orden sobrenatural, pero sin estar regido y contenido por los principios inmutables de la fe; Allan Kardec, en cuanto se habló de las mesas giratorias, se dedicó con afanosa perseverancia á la observación de esos fenómenos, cuidando especialmente de agruparlos, clasificarlos, y deducir las consecuencias morales y religiosas, que reunió, poco á poco, en un cuerpo de doctrina.

Las obras de Allan Kardec, *El Libro de los espiritistas*, *El Evangelio según el espiritismo*, *El Libro de los médiums* y otros, han venido á ser considerados como clásicos por sus adeptos. En 1838 fundó la *Revista espiritista*, periódico mensual que sigue publicándose, y que cuenta entre sus redactores á personas muy conocidas por su erudición.

En el propio año, Allan Kardec fundó la *Sociedad parisiense de los estudios espiri-*

(1) Véase el tomo primero de la *Suma Filosófica*, pág. 96, firma N.

tistas, que todavía subsiste, y es bastante numerosa.

Allan Kardec se dejaba ver poco; no se prodigaba; vivía en el retiro, rodeado de los más allegados y fanáticos discípulos: quería ser el fundador, no ya de una escuela filosófica, sino de una religión. Por esto, sin duda, publicó el *Catecismo espiritista*. No ha mucho tiempo, M. Agustín Babin ha publicado la *Teología espiritista*.

En los Estados-Unidos, el espiritismo existe en estado de culto, con sus iglesias y sacerdotes. Si en Francia no hemos llegado todavía á este extremo, no le vamos muy lejos, y será, sin duda, un hecho, cuando se haya votado la ley sobre libertad absoluta de cultos.

No es fácil enumerar los estragos causados por el espiritismo en hombres de espíritu débil, y aún en otros de más acentuado carácter. Es muy peligroso echarse á discurrir sobre el mundo sobrenatural, sin guiarse exclusivamente por la luz de la fe; hasta ahora la experiencia nos enseña, que el espiritismo no sirve sino para proporcionar huéspedes á los manicomios.

CAVOUR Y GARIBALDI

JUZGADOS POR PROUDHON.

El tomo 9.º de la *Correspondencia de Proudhon*, que acaba de publicarse, contiene las cartas de 1839 y de los primeros meses de 1860, casi todas ellas dedicadas especialmente á la cuestión de la guerra de Italia. Proudhon, refugiado en aquella época en Bruselas, condenaba esta guerra, y la política de las nacionalidades, tan encarecida entonces por los demócratas del *Steele* y de la *Opinion nationale*. Algunos de sus juicios son muy dignos de coleccionarse. He aquí algunos extractos, tomados al acaso, de sus citadas cartas.

«Confieso, que Cavour, me parece un gran bellaco, que enciende el fuego en Europa para escapar de la bancarota; Garibaldi, un héroe de Homero, es decir, un mentecato incomparable; nuestro amigo Ulloa, tan sutil, al parecer, no pasa de ser, un bobalicon; y todos los demás héroes del día no

son más que puros intrigantes. Mazzini es muy superior á todos ellos; pero el mismo lo ha dicho, no pasa de ser un guelco cubierto de sombrero rojo, es siempre el Papa.

Hablando francamente, yo no puedo dejar de considerar la emancipación actual de Italia, realizada por los Cavour, los Victor-Manuel, los Bonapartes, los Sansimonianos, los Judíos, los Garibaldi, los Mazzini, sino como una horrible mistificación. Y declaro, que semejante gente, todo ese mundo de rufianes, intrigantes, aventureros, rentistas, y comerciantes codiciosos y sin principios, me parece mil veces más abominable, que el buen pueblo católico-imperial de la Península. El excelente paisano de los Estados romanos, que, de buena fe, lleva un cirio á la Madona, me parece infinitamente más respetable, que el liberal de la escuela de Cavour y de Garibaldi; por cuyo motivo, la Italia es, en mi concepto todavía original, fecunda, respetable, digna de la consideración del verdadero filósofo y del hombre de Estado. De donde yo concluyo, que si la Italia puede algún día ser algo, no lo será sino por la revolución final, por una revolución franca, y en todo, y por todo, revolución económica, jurídica, y, sobre todo, moral.

Lo que ahora pasa en Italia, no es, á mi juicio, una revolución, sino una perturbación; peor que esto todavía, la corrupción. Yo spongo, ya lo veis, que la Italia aún no está enteramente corrompida: lo que en ella queda de sano, es, precisamente, lo que ha escapado del contagio del filosofismo, del jacobinismo, del radicalismo contemporáneo.

(*Journal de Florence*, 24 de Abril 1873.)

Lemos en el *Rappel*:

«El día de San José, patrono de Garibaldi, ha sido celebrado de una manera sumamente extraordinaria. El gentío que cubría el camino de la Puerta Pia á la villa Garibaldi era inmenso. La guardia nacional, con su música, se ha presentado á la villa, y una comisión de oficiales ha ofrecido al ilustre patriota el título de general Garibaldi. La duquesa de Sutherland se ha hallado al lado de Garibaldi mientras han durado las visitas.»

1873.

VIERNES.

El año comienza en viernes, y termina en viernes. ¡Cuántos, tal vez, hayan visto en esta coincidencia un mal agüero, y se habrán espantado, sin reflexionar que, con ello, incurren en una pueril debilidad, y prestan homenaje á una preocupación anticristiana!

En viernes, precisamente, Dios formó al hombre: en viernes el Hijo de Dios se revistió de nuestra naturaleza: en viernes, en fin, Jesucristo nos redimió, muriendo en cruz.

Más bien que espantarse, hay, pues, que regocijarse de una coincidencia, que, por otra parte, se repite cada cincuenta años.

El hombre ha recibido de Dios por la Creación un beneficio incomparable, que solo puede agradecerse cuando la inteligencia, sobrecogida de horror, piensa y medita en la nada. Después de su caída por el pecado original, ha recibido una gracia inmerecida por la Encarnación, y una gloria infinita por la Redención. Pues bien; ante estos tres inefables beneficios, fundamento de nuestra fe, y prenda de nuestra inmortalidad, que Dios se dignó dispensarnos en viernes, lejos de turbarnos, ¿no debemos, por el contrario, hallar en los viernes de los días primero y último del año, un motivo de esperanza por el triunfo de nuestra causa?

Verdaderamente hay hombres que deben temblar. Los sectarios, por ejemplo, amigos de los judíos, que renuevan contra el Vicario de Jesucristo la pasión dolorosa del Hombre Dios, tienen razón de temblar; pero nosotros, ¿por qué temblaríamos?

Los perseguidores de la Iglesia, en Alemania, Rusia, Turquía, China, Hong-Kong, y Américas del Sud, tiemblan también; pero de ningún modo nosotros.

Aún cuando debiésemos tomar este año una parte más viva en los Dolores del Viernes de Pasión, regocijémonos; nuestro triunfo estará próximo: vendrá la Resurrección.

Por último, regocijémonos, porque entramos en el Año Santo del Jubileo.

Pío IX abre al mundo el tesoro de la Iglesia, é invita á todos los fieles á la oración y á la práctica de obras de fe, esperanza y caridad. Nosotros, por nuestra parte, hagamos violencia á la misericordia divina. ¡Que elevado y santo motivo de confianza!... Díga-

moslo, por atrevido que sea: ¡qué motivo tan cierto y seguro de triunfo! (1).

X. ROMA.

13 Abril de 1875.—El Papa ha recibido gran número de italianos y de extranjeros, que le han presentado una exposición, en que se manifiestan los sentimientos católicos del mundo entero, respecto de las cuestiones religiosas, políticas y sociales, que agitan á la Europa, y rechaza, como calumnioso, el rumor, de «que las decisiones del Concilio del Vaticano han alterado la fé.»

DISCURSO DE SU SANTIDAD Á LOS EXTRANJEROS.

Hé aquí el discurso dirigido por Su Santidad, el lunes de Pascha, á los muchos extranjeros reunidos en una de las Galerías de Rafael.

«El Evangelio de este día nos muestra á Nuestro Señor, caminando en compañía de dos de sus discípulos, que no le conocieron. Mientras caminaban les encantó con su conversacion, y les edificó con sus buenos consejos, hasta el punto, de que, llegado que hubieron al término de su viaje, invitaron á su amable compañero á quedarse con ellos, para descansar de la fatiga del camino. Jesús cedió á sus reiteradas instancias y se sentó á su mesa. Sabéis ya lo que sucedió. Nuestro Señor se dignó manifestarse á los dos discípulos, desapareciendo después, y dejándolos admirados y estupefactos de lo que habían oído.

Pues bien, mis amados hijos; vosotros sois también los discípulos de Cristo, y estáis, en este momento, en compañía de su humilde Vicario. Yo no tengo, como Nuestro Señor, el don de hacerme invisible, pe-

(1) También se publicó en viernes; la Bula dogmática de la Inmaculada Concepcion de Maria!

ro si puedo daros algunos buenos consejos. El mejor que tengo que daros en estos días de turbacion y pruebas, es el de invitaros á rogar mucho para obtener de Dios la fortaleza necesaria para combatir y vencer. Todos nosotros tenemos necesidad de fortaleza, yo, lo mismo que vosotros; yo, para soportar la abrumadora carga que pesa sobre mis hombros; vosotros, para resistir á los peligros que os rodean por todas partes en el mundo, y, á veces, hasta en el seno de vuestras familias. Solamente por medio de la oracion obtendreis esa fortaleza. Orad, pues, mucho; orad sin cesar. Orad por mí, á fin de que Dios continúe sosteniéndome en medio de las presentes dificultades. Por mi parte, yo oro, y continuaré orando por los buenos, principalmente, para que el Señor les conceda la gracia de la perseverancia, y también por los malos, para que Dios toque sus corazones, y les haga entrar en el buen camino.

Hijos míos, yo os bendigo con todo mi corazón; que esta bendicion se extienda sobre vuestras familias y amigos, y que sea para todos vosotros una prenda de salvacion.

FEDERACION PIANA.

Su Santidad se dignó recibir en audiencia especial, la tarde del día 14 de Abril, á los miembros de la Presidencia de la *Federacion Piana*, á saber, al caballero Pablo Menacaci, vice-presidente, al R. D. Luis Macchi, asistente eclesiástico, al caballero José Merighi, tesorero, y á M. Chiesa, vicesecretario. La *Federacion Piana*, como se sabe, es una especie de *consorcio* piadoso, compuesto de diversas asociaciones católicas de Roma. En la Ciudad Eterna se comprende, mejor que en otras partes, que la union es la fuerza. Así es, que todas las asociaciones establecidas entre nosotros, desde la época fatal del 20 de Setiembre de 1870, aceptaron sin dificultad una direccion única, persuadidos de que, lejos de que esta centralizacion de fuerzas ocasionase detrimento alguno, se gana, por el contrario, muchísimo con ella. La *Federacion Piana* representa nueve asociaciones católicas, siete de hombres, y dos de mujeres. Cada una de ellas, en su esfera respectiva, obtie-

Santísimo Padre:

Si las circunstancias lamentables, que os retienen encerrado en el Vaticano, y que nos obligan á llorar sobre las desgracias, que afligen á nuestra patria, no nos lo impidieran, Vuestra Roma, agosto trisonero, se estremería de regocijo en este día, que, por la vigésima quinta vez le recuerda vuestro regreso triunfante de Gaeta, y por vez vigésima la preservacion casi milagrosa de que el cielo os rodeó, en la catástrofe de Sta. Inés.

Dios, que se burla del mundo y de los poderosos del siglo, despues de haber permitido, que la República francesa triunfase de la República romana, el 12 de Abril de 1850, os condujo otra vez á nuestros muros, en medio de las aclamaciones, de la misma manera que, cinco siglos antes, había conducido de Avignon á Roma á vuestro augusto predecesor Gregorio XI, despues de setenta años de desolacion y de luto para nuestros padres.

¡Sesenta veces, á lo ménos, los Papas tuvieron que abandonar nuestra envidiada patria, ora á causa de la malevolencia de los poderosos, ora á causa de perturbaciones populares, y siempre por abominables influencias extranjeras. Pero siempre, también, volvieron á entrar victoriosos. En medio de tantas vicisitudes, Roma, la verdadera Roma, ha permanecido fiel, á Dios gracias, á su noble mision, y aún en los días de aberraciones y tribulaciones, del seno de este pueblo privilegiado por Dios, se ha elevado siempre un grito de indignacion, una noble protesta, frecuentemente sellada con sangre. En la suprema prueba que hoy atravesamos, como en aquellas épocas infortunadas, nuestro pueblo se ha estrechado compacto á Vuestro alrededor, alzando con Vos los brazos al Cielo para implorar las misericordias infinitas de Dios, y pedirle que haga cesar y desaparecer las calamidades que angustian y ponen en peligro la más hermosa gloria de Roma: la Fé de sus antepasados.

Y Dios, así lo esperamos, abreviará estos días de luto. Vuestras oraciones, las oraciones de todo un pueblo de creyentes, hacen renacer en nosotros esta santa esperanza. Vuestra preservacion en Santa Inés, que puede calificarse de milagro, fué de ello un presagio, como en la actualidad lo

ne incalecibles bienes, y contribuye á mantener el pueblo romano en los sentimientos de fidelidad y de amor á su desgraciado Pontífice; sentimientos, que le glorifican, y le señalan á la admiracion del universo católico.

Pío IX sabe todo esto perfectamente; así es, que, en esta ocasion, como siempre, recibió á sus visitantes con especial benevolencia. El Vice-presidente leyó un Mensaje, que insertamos á continuacion, expresando, con palabras nobles y energicas, los sentimientos de que están animados los miembros de la *Federacion Piana*, para, con el Augusto Prisionero del Vaticano, y la esperanza de un próximo triunfo de la Iglesia contra sus enemigos.

En su respuesta, el Soberano Pontífice ha recordado el terrible acontecimiento del 12 de Abril en el Convento de Santa Inés, en el que Su Santidad debía perecer, sin la evidente intervencion de la Divina Providencia. Pío IX ha comparado la turbacion y el espanto, que causan naturalmente semejantes catástrofes, á las perturbaciones y á los peligros de los tiempos presentes. Pero, ha añadido Su Santidad, si Dios interviene, cuando solo pelagra la vida de algunos hombres, mucho más hará brillar su misericordia, y manifestará la fuerza de su brazo, ahora, que se trata de salvar á su Iglesia de los ataques del Infierno.

Su Santidad ha comparado también la época actual á la de Ario, cuyos esfuerzos y los de sus numerosísimos sectarios parecen increíbles, para pervertir el mundo y hacerlo Ariano; añadiendo, que los Arianos modernos, tendrán, bajo una forma, u otra, el mismo fin vergonzoso que el Jefe del Arianismo.

Pío IX ha exhortado á sus visitantes á marchar con valor y constancia por el buen camino, y á continuar trabajando en la salvacion de las almas, con el celo que les distingue. Ha reconocido el bien inmenso que diariamente obra la *Federacion Piana* en el seno de su querida Roma, y ha bendecido con efusion á la Presidencia de los Consejos y á todos los miembros de las asociaciones católicas que forman parte de esta liga piadosa.

Hé aquí el texto del Mensaje leído á Su Santidad, por el Vice-presidente de la *Federacion Piana*, el caballero Pablo Menacaci, intrépido director del *Divino Salvatore*:

es, prenda de vuestra conservacion milagrosa.

¡Ah! Quiera el Dios de las misericordias multiplicar los dias sobre vuestra venerable cabeza, y con los dias, las gracias, que, por Vos, se derraman en tanta abundancia sobre nosotros; sobre nosotros, que desde tantos años há, sufrimos y rogamos con Vos! Y así como la Santísima Virgen Inmaculada os preservó sano y salvo en la catástrofe de 1855, haga igualmente en 1873, que Vos salgais victoriosos y triunfante para el mundo y para vuestros hijos.

En cualesquiera otra circunstancia, Roma entera habria acudido en este dia á prostrarse á vuestros pies, para ofrecer os sus filiales felicitaciones, para protestar de su amor, de su admiracion, y de su fiel y perfecta sumision. Mas, la privanza de tan grande felicidad. Permitid, Santísimo Padre, á los representantes de las asociaciones católicas confederadas, cumplir, en nombre de Roma, de la Roma católica, este acto de amor y de piadoso deber.

Santísimo Padre: bendecidnos, bendecid á nuestras asociaciones, á vuestras familias, á vuestra Roma, y obtenednos la gracia de permanecer fieles hasta el fin.

PIO IX Y LA UNIDAD CRISTIANA.

Os transcribo la carta, que Pio IX acaba de dirigir á Monseñor Tomás, Obispo de la Rochela y Santos, quien ha hecho recientemente la peregrinacion á la Ciudad Eterna, encargado de llevar preciosas felicitaciones y abundantes limosnas al agitado Prisionero del Vaticano.

He aquí la traduccion completa de este documento:

PIO IX, PAPA.

Venerable Hermano, salud y bendicion apostólica.

Los sentimientos de amor, de fidelidad y de respeto, expresados en las numerosas exposiciones que nos habeis presentado, en nombre de los canonicos y sacerdotes de

vuestra diócesis, de vuestros seminaristas y otros institutos de educacion de la juventud; de las comunidades religiosas y otras piadosas asociaciones, que en vuestra diócesis existen; Nos han suministrado una convincente prueba del afecto filial y de la adhesión que les une más á Nos y á la Sede Apostólica, y de la piadosa emulacion con que, á imitacion de los demás hijos nuestros, concurren á consolarnos en nuestras amarguras. Un concierto tan magnífico y una tan perfecta unanimidad, entre el pastor y el rebaño que le ha sido confiado, nos han sido sumamente gratos. Para darnos una prueba todavía más señalada de su sincero afecto, vuestros diocesanos han querido añadir á esos testimonios de su adhesión, piadosas ofrendas, y mostrar, que lo que tienen en mayor estima, es; permanecer fieles en la nave de la Iglesia, combatida por las tempestades, y acudir en su auxilio, segun su respectiva posibilidad. Por lo tanto, con razon, y al propio tiempo con recogido, podemos Nos aplicarles las palabras, con que San Leon elogiaba el celo de los fieles para con él: «Nos nos regocijamos, hijos muy amados, de vuestro piadoso y tierno afecto, y damos gracias á Dios, porque en vosotros encontramos este amor á la unidad cristiana.» Pero, al alabar cual se merece esta manifestacion solemne de vuestra caridad, Nos rogamos también á Dios, con toda nuestra alma, que se digne consolarnos con la abundancia de todos los dones celestiales, y daros, en estos tiempos desventurados, el valor necesario para sostener el buen combate de la fé, y acrecentar cada dia vuestros méritos cerca de Aquel, que es justo remunerador. Como prenda de Nuestra benevolencia particular, de Nuestro reconocimiento y de todos los favores celestiales, Nos os concedemos con ternura Nuestra bendicion apostólica, á vos, primero, Venerable Hermano, y á todos nuestros muy amados hijos, en general y en particular, de quienes hemos recibido con agrado sus piadosos homenajes, y sus demostraciones afectuosas, así como á todo el rebaño que vos apacentais.

Dado en Roma, en San Pedro, á 20 de Marzo 1873, el 29° año de Nuestro Pontificado.

PIO IX, PAPA.

(*Journal de Florence*, 8 de Abril 1873.)

SU SANTIDAD Y MONS. DE CABRIÈRES,

OBISPO DE MONTEPELLER.

En los últimos dias del año 1874, Mons. de Cabrières, Obispo de Montpellier, remitió al Soberano Pontífice un magnífico album, que contiene muchos millares de firmas recogidas en todos los puntos de su diócesis. Su Santidad contestó á esta demostracion de amor filial con una tierna carta, que tenemos á la vista, y que me creo deber comunicar á nuestros lectores. Esta carta fué dirigida á Mons. de Cabrières:

PIO IX, PAPA.

Venerable Hermano, salud y bendicion apostólica.

Vuestro sincero y constante afecto hácia Nos, se revela claramente en las cartas llenas de amor, que Nos hemos recibido, de fecha 21 de Diciembre último, y por las felicitaciones enriquecidas con numerosas firmas, que Nos habeis remitado, para atestiguaros el afecto filial de vuestros fieles diocesanos. No hemos podido ménos, Venerable Hermano, de experimentar un profundo sentimiento de benevolencia, al recibir ese precioso homenaje de piedad, en el que brillan extraordinariamente las más nobles señales de la sumision y de la fé de vuestro clero, y de vuestros seminaristas, de las comunidades religiosas de ambos sexos, de las piadosas cofradías y asociaciones establecidas en vuestras comarcas, y de tantas otras personas respetables y distinguidas de vuestra diócesis, que, con él, Nos dan una prueba manifiesta de la veneracion de que rodeais al Vicario de Jesucristo en la tierra. Este homenaje Nos demuestra, que vosotros, mientras la tempestad rugió con mayor violencia contra la Iglesia, cifrais vuestra gloria en permanecer más fieles y más firmemente adheridos á Jesucristo y á sus santas doctrinas.

Por este motivo, Nos elogiamos muy particularmente vuestra brillante y noble piedad; Nos os deseamos, Venerable Hermano, que comuniqueis los sentimientos de nuestro paternal afecto á todos los hijos queridos, cuyas firmas hemos recibido, para que sepan,

que Nos hemos recibido un gran consuelo, viéndolos de tal suerte unidos por el mismo espíritu de sumision á esta Sede Apostólica, á la par, que por la profesion de la verdadera fé y de la piedad cristiana.

Nos elevamos nuestros votos á Dios, soberano dispensador de todos los bienes, suplicándole, que, con su gracia poderosa, mantenga estas excelentes disposiciones, y derrame abundantemente los dones de su misericordia, sobre vos, Venerable Hermano, y sobre todo el rebaño que os ha sido confiado.

Finalmente, como prenda de Nuestra particular benevolencia, que Nos, de nuevo, os manifestamos, y como presagio de los celestiales favores, Nos os concedemos, con todo afecto, en el Señor, la bendicion apostólica, á vos, Venerable Hermano, á todos los queridos hijos, que nos han presentado sus votos con vos, y, por último, á todo el rebaño confiado á vuestra vigilancia.

Dado en Roma, etc. etc.

PIO IX, PAPA.

(*Journal de Florence*, 7 de Abril 1873.)

El Padre Santo continúa dando sus audiencias, viendo presentarse en el Vaticano los Obispos de Francia y los piadosos peregrinos. Despues de la audiencia solemne dada á los Sacerdotes y fieles de Montpellier, Su Santidad se ha dignado admitir otra vez en audiencia, casi publica, á los peregrinos, que entonces no habian podido acercarse al Papa: las señoras han sido recibidas las primeras, recorriendo en seguida Su Santidad las filas de los 30 Curas de Montpellier, que esperaban una nueva bendicion. El Padre Santo ha reconocido á muchos, y les ha dirigido dulces palabras, todos han podido besar su mano, y ántes de separarse de ellos el Pontífice, les ha dicho: «Hijos míos, valor: los Apóstoles no eran más que doce para convertir el mundo; vosotros sois aquí cuatro veces más; evangelizad bien vuestra diócesis y salvad las almas; podreis dar una vez la bendicion pontifical en vuestras parroquias.» Pio IX estaba acompañado en esta audiencia de los Cardenales Oreglia di San Stefano, Monaco, La Valleta,

Franchi, y de muchos Obispos y Prelados de su casa.

DOM GUERANGER, ABAD DE SOLESMES.

En un breve, de fecha 19 de Marzo último, Nuestro Padre Santo el Papa, hace un bello elogio del M. R. P. Dom Gueranger, abad de Solesmes, del orden de Benedictinos, que acaba de morir. Pío IX encarece su profunda erudición y su vasta ciencia, al referirse á los numerosos trabajos, que el difunto abad publicó en defensa de la doctrina católica y de las prerogativas de la Santa Sede; y cita, en particular, los libros, que escribió en defensa de los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Infalibilidad pontificia, y de los esfuerzos constantes que hizo para introducir la liturgia romana en Francia, felicitándose de que antes de su muerte, haya visto adoptados los ritos de la Iglesia Romana por todas las diócesis francesas. ¡Qué aureola de gloria para el ilustre hijo de San Benito!

Por el mismo breve, Pío IX concede perpetuamente al Padre Abad de Solesmes el uso de la *capa magna*, estableciendo, al mismo tiempo, que, de hoy en adelante, uno de los monjes de la Congregación del Monte Casino será contado en el número de los consultores de la Congregación de Cardenales propuestos al Sacro Colegio.

(*Journal de Florence*, 8 de Abril 1875.)

Los despachos de Roma anuncian, que el Papa ha recibido el domingo y lunes, las felicitaciones de un gran número de personas, con motivo del aniversario de su vuelta de Gaeta, y de su preservación cuando el desplome de la Iglesia de Santa Inés. El marqués de Cavalletti, en nombre de la Nobleza romana, le ha presentado un Mensaje, al que ha contestado el Papa: «Dios, que permitió el accidente de Santa Inés, para favorecer el embellecimiento de esta basílica, sabrá salvarnos del abismo abierto á nuestros pies, y dar la prosperidad á la Iglesia.»

Ayer, á medio día, el Santo Padre ha reci-

bido en audiencia particular 300 miembros del Circulo de San Pedro, que le ofrecieron tres volúmenes, conteniendo 30,000 firmas, que representan otras tantas comuniones hechas por la conservación del Papa. Entre otros presentes hechos á Pío IX, se hallan cuatro cálices, y una tapicería, que representa á Santa Inés. El príncipe Windischgratz asistió á la audiencia.

Santa Inés, protectora de Roma y de Pío IX.—El 12 de Abril celebramos, con la Iglesia de Roma, dos aniversarios memorables; el vigésimo quinto jubileo de la entrada triunfal en Roma de Nuestro Santísimo Padre Pío IX, repuesto sobre su trono real por la divina Providencia y las armas francesas; y el 20 aniversario de la conservación prodigiosa de Su Santidad, en medio de las ruinas de *Santa Inés*. El 12 de Abril de 1850, y el 12 de Abril de 1853, son dos fechas, que nunca se borrarán. La Sociedad de la Juventud Católica de Roma, queriendo celebrar estos gloriosos aniversarios, ha hecho una novena á Santa Inés, para dar las gracias á Dios, y pedirle, al mismo tiempo, el triunfo de la Iglesia, la conservación de Pío IX, y la conversión de los pecadores. Por su parte, la Sociedad Oleográfica, para secundar tan generosa iniciativa, ha hecho ejecutar un cuadro, que representa á Santa Inés, Virgen y mártir. La joven romana, resplandeciente con angelical belleza, dirige con amor su mirada hácia el cielo; su mano derecha reposa sobre su seno, teniendo en la izquierda la palma del martirio. Una corona nupcial de rosas blancas orla su frente; un collar de piedras preciosas rodea su cuello; ricos pendientes en las orejas, brazaletes de oro, y un vestido tejido de oro cubierto con un manto blanco completan su traje. El blanco anillo tradicional lo tiene en la izquierda, y en el gracioso paisaje, que termina el horizonte, se dibuja, á lo lejos el coliseo, que nos recuerda, que Roma fué su patria y su tumba. El trabajo oleográfico está admirablemente ejecutado. Las dos fechas del 12 de Abril figurarán en él, y Su Santidad ha quedado vivamente satisfecho del piadoso pensamiento que había presidido á esta obra.

He aquí un sencillo y paternal rasgo del bondadoso corazón de Su Santidad, reseñado por el periódico *L'Unità Cattolica* en estos términos:

«Una pobre muchacha de Monferrato, escribió, con fecha del 10 de Marzo, á Pío IX, una carta, en la que le decía, que estaba sumida en una gran aflicción, y que le hablaba con una confianza mayor, que la que podría tener con sus padres mismos.

«Pida, pida Vuestra Santidad por mí, decía al Papa, cuando celebre el Santo Sacrificio de la Misa. Si Su Santidad pide por mí, estoy segura de verme libre de mi aflicción. Piedad de mí, Beatísimo Padre. ¡Si supiérais lo que mi corazón está sufriendo! Cuatro años hace, que me falta la «paz.» Y continúa, exponiendo al Padre Santo, el estado de su alma, sin solicitar de él más que oraciones. Despues, llevando la libertad y la confianza hasta el atrevimiento, añade: «Y á fin, Beatísimo Padre, de que yo pueda saber con certeza, si mi carta ha llegado á vuestras manos, os pido aún otra gracia: la de que enviéis al periódico *L'Unità Cattolica*, una frase, una palabra cualquiera, que aluda, de cualquier modo, á mi carta. ¡Oh, nuestro Padre Santo es tan generoso y tan bueno! Todo lo espero de su corazón. ¡Oh, Santísimo Pío, tened compasión de mí!»

Al Padre Santo le conmovieron las palabras de esta infeliz, y quiso consolarla. Pero no sabía su nombre, y no tenía otro medio de hacerlo más que el sugerido en su carta. Su Santidad se acogió á él, y nos manda la carta, subrayando las palabras donde se le ruega, «que ponga una frase en *L'Unità Cattolica*,» y escribiendo de su puño y letra al pié de la página:

PAX VOBIS ET DEUS VOS BENEDICAT.

P. PP. IX.

Conservaremos, dice *L'Unità Cattolica*, este documento, como precioso testimonio de la gran bondad de nuestro Padre Santo, Pío IX.

El Padre Santo continúa prodigando atenciones á la reina madre de Baviera, convertida, como es sabido, el año último al

Catolicismo. Con motivo de las fiestas de Pascua le ha enviado una palma en extremo hermosa, cortada de una palmera de los jardines del Vaticano.

DISCURSO DE SU SANTIDAD, PÍO IX,

EN LA AUDIENCIA DEL 14 DE ABRIL 1875,

á la diputación católica internacional, y el Mensaje del príncipe de Windischgratz.

El *Journal de Florence*, en el número correspondiente al día 15 del mes de Abril de este año (1875), da cuenta de la recepción de los católicos, que tuvo lugar el día 14 en el Vaticano.

A las once, dice, la gran sala del Consistorio, así como las galerías que á ella conducen, se hallaban llenas por una multitud de personas, entre las cuales se distinguían los representantes de las familias más notables de Inglaterra, Alemania, Francia, Austria, Bélgica, América, Estados-Unidos, y aun Italia. Una comisión, organizada bajo el cuidado del ilustre conde de Pergem, noble personaje alemán, se había encargado de redactar un Mensaje elocuente, cuya lectura fué confiada á su alteza serenísima el príncipe austríaco Hugo de Windischgratz.

Al poco tiempo se presentó el Padre Santo, deteniéndose un poco, y arrojando una mirada sobre aquella multitud distinguida y compacta, que se arrojó, mientras que Pío IX, levantaba la mano para bendecirla. Luego que el Padre Santo tomó asiento, el príncipe Windischgratz, se adelantó, dando lectura al siguiente Mensaje en francés, que copiamos á continuación:

Santísimo Padre:

A medida que la persecución contra la Iglesia va siendo más general y violenta, los pueblos, de que se compone la ciudad de Dios, sientense animados á acercarse más y más al centro de la unidad católica, al fundamento de la sociedad cristiana, al Doctor supremo é infalible de nuestra santa fe. Este sentimiento, Santísimo Padre, es el que nos trae aquí, cuantas veces nuestros

corazones rebosan de dolor ante el espectáculo de la conspiración, que trata, en vano, pero de una manera sacrilega, de destruir el reino de la cristiandad; y siempre que vuestras almas, llenas de admiración por vuestra dulzura y vuestra firmeza, no contentas con llenar el mundo de testimonios de su veneración, sienten más vivo el deber de depositar á Vuestros pies la más sincera y solemne expresión de ellos.

Durante mucho tiempo, Santísimo Padre, han creído Vuestros enemigos, que os desconocen todavía más de lo que os odian, poder conseguir de Vos la conciliación de su reino con el vuestro. Hoy han perdido ya tan loca esperanza, y por eso, en vez de proseguir hablando de la Iglesia libre en el Estado libre, en vez de asegurarnos, que cuanto más pequeño seáis, os tendrán por más grande; y que cuanto menos Vos tengáis, tanto más rico seréis á sus ojos; proclaman sin rodeos, que el poder del hombre es superior á la soberanía de Dios, que el Estado está sobre la Iglesia, y el pecado y el error sobre la virtud y la verdad. De este espíritu están imbuidas las nuevas leyes, casi en todo el mundo, y este es el fin que se propone la conspiración satánica, que proclama hoy, que no habiendo podido, por medio del sofisma y de mentirosas promesas, reducir á Vos á la obediencia, á Vos, que tenéis el mando supremo de los corderos y de las ovejas, sabrá ella someteros por la razón del más fuerte, por la calumnia y la violencia.

Los directores de esta conspiración se atreven también á proparar, que Vos, guardian infalible de la Iglesia, habéis, de concierto con el Episcopado entero, pero en detrimento de éste, cambiado la Constitución divina, como si la mano del hombre pudiera nunca cambiar la obra de Dios, y como si aquel, á quien Nuestro Señor, al confiarle la santa y sobrenatural misión de conservar la integridad de su obra, le prometió la continua asistencia del Espíritu Santo, pudiera alterar la naturaleza de ella; y mientras que estos hombres calumnian tan groseramente al cuerpo docente de la Iglesia y á su Jefe infalible, trabajan con toda la energía de que son capaces, en viciar esta Constitución; empero no consiguen otra cosa, que poner trabas á su acción exterior.

A propósito de una prevision, que ningun

corazon generoso se hubiera atrevido siquiera á enunciar, y que nos sería demasiado doloroso indicar más claramente, los Obispos de Alemania acaban, Santísimo Padre, de dar un mentis solemne á estas teorías, que son una blasfemia directa contra el poder de Dios; ellos, á quienes se pretende haber despojado de su autoridad, declaran, que Vos, Santísimo Padre, sois toda su riqueza; afirman claramente, y lo mismo repiten los demás Obispos, y todo el Universo, que los decretos del Concilio, en nada han cambiado la Constitución divina de la Iglesia.

Creemos cumplir con un deber, Santísimo Padre, asegurándoos, que nosotros pensamos como piensa el Episcopado entero, y que su autoridad no ha sido disminuida en lo más mínimo. Convencidos estamos, de que con nuestra sumision á su autoridad, permanecemos unidos y sometidos á la Vuestra, á Vos, Santísimo Padre, y confesamos, además, que nada se ha variado ni puede variarse en la Constitución de la Iglesia, que consideramos como obra del mismo Dios.

También creemos cumplir con un deber, Santísimo Padre, protestando, contra la pérdida insinuación de Vuestros enemigos, que se proponen hacer creer, que los católicos se consideran, ahora, más independientes de los soberanos territoriales, y menos adheridos á su patria, que ántes del Concilio Vaticano. Así nos calumnian, sin poder citar ni una sola de las leyes civiles, que no suframos con paciencia. Damos nuestros bienes, y aún, cedemos quizá demasiado de aquellos de nuestros derechos, cuyo ejercicio, mejor ordenado, podría preservar al mundo de los desórdenes políticos, que aumentan diariamente, y le amenazan con su total subversion.

Resistimos únicamente á las leyes, que impiden dar á Dios lo que es de Dios. Y ¡ojalá nos resistamos siempre á ellas, Santísimo Padre, con el valor y la sabiduría de nuestros mayores, los cristianos de otras épocas, confirmandoos vuestra bendición en estos dones de prudencia y de fortaleza!

Però al afirmar nuestros adversarios, que la potestad del Papa se ha aumentado, y que los católicos de estos tiempos, no prestan á las leyes civiles la misma obediencia que la prestaron sus padres; al afirmar esto, repetimos, Santísimo Padre, ¿obran de buena fe? ¿Saben, acaso, lo que dicen? ¿Es su conciencia lo que les inspira estas palabras, ó

más bien el terror? Ellos no tiemblan delante de la potestad suprema, que Dios ha puesto en vuestras manos, ni la comprenden, y, hasta cierran los ojos para no verla; pero no pueden dejar de ver el prestigio con que plugo al Señor enriquecer la persona de vuestra Santidad. Lo que á ellos les espanta, Santísimo Padre, es precisamente lo que á nosotros nos inspira confianza, y es el objeto de nuestras súplicas. Vos habéis sido enviado en tiempos terribles, y nosotros pedimos á Dios, que os deje ver, Santísimo Padre, el fin de estos males, cuya gravedad no ha podido turbar en manera alguna la generosidad de vuestro gran corazón. Nosotros protestamos á vuestros pies, contra la guerra, doblemente impia, que se hace á la religion y á los derechos de la Sede de Pedro. Nosotros esperamos, que Dios en su bondad, no permitirá, que esta guerra se prolongue, y que los mismos, que la sostienen, se verán fatalmente impulsados por sus propios desórdenes, á destruir la obra, que se obstinan en levantar contra Vos y contra Dios.

Santísimo Padre, humildemente prosternados á los pies de vuestra Santidad, imploramos vuestra bendición, y os rogamos, que recibais la expresión respetuosísima y el tierno afecto de Vuestros sumisos hijos.

Su Santidad se dignó contestar á este Mensaje, con el siguiente magnífico discurso, cuyo texto, tomado de las notas taquígráficas autorizadas, ofrecemos á la admiración de nuestros lectores.

DISCURSO DE SU SANTIDAD.

Las palabras, que acabais de pronunciar, en nombre de toda la asistencia, al mismo tiempo, que sirven de consuelo á mi corazón, alimentan mi valor en el franco ejercicio de mis últimos deberes para con Dios y para con su Iglesia.

No puede negarse, que alcanzamos días tristesimos; pero también es cierto, que Jesucristo, respirando en la Cruz, dejó á todos los fieles un testamento, y que en este testamento, nos legó la preciosa herencia de la Cruz. Sin embargo, cierto es, igualmente, que no es ageno ni estuvo nunca prohibido á su Iglesia, tener los medios de vivir y de

poseer, y aún este derecho, con frecuencia, se ve convertido en imperiosa necesidad. El Señor mismo, en su benéfica morada de este mundo, tuvo de que vivir para sí, y para los suyos, y para los pobres: *Ipse Dominus, cum ministrabat, anget, tamen ad informandam Ecclesiam suam, loculos habuisse legatur, et a fidelibus oblata conservans et suorum necessitatibus aliisque indigentibus tribuens.* (Ven. Beda.)

Verdad es, no obstante, que la Cruz es la que más particularmente ha legado á la Iglesia, y nadie debe extrañar, que habiendo confiado Dios á la Iglesia, la misión de enseñar siempre la verdad, no quiso que ignorásemos, que la verdad engendra el odio; y que el odio debe engendrar naturalmente las cruces de la Iglesia.

Grandes y pequeños, en nuestros días, se niegan á ser campeones de la verdad, y dividiéndose en dos clases, léjos de defenderla, la combaten. Hay unos, que rigen los destinos actuales de las naciones, los cuales por celos de la influencia que tiene la Iglesia sobre los pueblos, quisieran gobernarla á su propio capricho, cambiar su divina Constitución, según las vicisitudes humanas, y hacer completamente humana una institución que viene de Dios, y que es invariable en sus santos principios.

Hay otra parte, animada de un ódio feroz, la cual impulsada por las legiones infernales, quisiera, en breve tiempo, verlo todo aniquilado y destruido, sin que quedaran sobre la tierra rastros de fe, de culto y de prácticas religiosas; y aunque sea imposible, que esta bárbara empresa llegue á verificarse, no se puede, sin embargo, negar, que son gravísimos los daños, que una y otra clase de gentes acarrearán á la Esposa de Jesucristo.

Ahora, pues, estando Nos frente á frente de estos enemigos, Nos tenemos el deber, como lo tiene el Sacerdote y todos los buenos, de redoblar nuestras oraciones; y á los Ministros del altar cometido, sobre todo, instruir, refutar los errores, y levantar la voz, para que nadie ignore, que Dios vengará, seguramente, los agravios que, de continuo, recibe su Iglesia.

Yo mismo, en este instante, para dar el impulso y el ejemplo, al mismo tiempo, que condeno de nuevo todos los atentados sacrilegos, hasta ahora cometidos, dirijo mi palabra al rey; cuya augusta familia cuenta,

entre sus individuos, Santos, y con afecto de padre, y con el celo, que mi sagrado carácter me inspira, le digo:

Majestad: os lo ruego, os lo pido en nombre de vuestros augustos antepasados, en nombre de la Santísima Virgen María de la *Consolata* (1), en nombre de Dios mismo, y, añadiré, hasta en nombre de vuestro propio interés; no alarguéis vuestra mano á firmar un nuevo decreto en daño de la Iglesia; y el decreto, de que hoy se trata, sea que pertenezca al Código penal, sea que pertenezca á la conscripción militar, tiende, en uno y otro caso, á la destrucción del Clero, y, si fuese posible, por lo tanto, á la destrucción de la Iglesia católica. ¡Ah! por piedad, Majestad, por vuestro bien, por el bien de vuestros súbditos, por el bien de la sociedad, por piedad, no multipliquéis las deudas contraídas con Dios, agravando vuestra conciencia con nuevos martirios impuestos á la Iglesia. Y lo que os digo, á vos, Señor, lo digo también á todos los Gobernadores de los pueblos, que están sobre la tierra. Deteneos, por favor, no vayáis más allá en esa pendiente, que os conduce al más profundo abismo.

¿Cómo? ¿Es posible semejante ceguedad? Yo recuerdo, que Tertuliano y San Justino y muchos otros apologistas de la fé católica, dirigiéndose á soberanos, no ya cristianos ni católicos, sino, á soberanos paganos é idolatras, reivindicando la libertad de los católicos, les demostraban, que éstos eran los súbditos más fieles á sus reyes; y estos apologistas tuvieron, algunas veces, el consuelo, no solo de ver dar tregua á las persecuciones, sino que detuvieron el hacha de los verdugos. ¡Oh! Yo no soy un Tertuliano, ni un San Justino; pero soy el Vicario de Dios, y, aunque indigno, digo á los que gobiernan, que se detengan en su carrera. Se lo ruego, se lo pido, se lo suplico, no solo por el bien de la Iglesia, sino por el bien suyo propio; y si no quieren oír esta súplica mía, recuerden, al menos, que el pueblo santo de la Ley antigua fué la figura de la Iglesia de Cristo; recuerden, que ese pueblo, bajo el yugo de la esclavitud de Faraon, alzaba todos los dias al cielo sus clamores, implorando piedad y misericordia,

(1) Célebre Santuario de la ciudad de Turin bajo el título de la *Madona Consolata*.

para verse libre de las cadenas que le aprisionaban. Entónces fué cuando Dios intimó á Moisés el mandato de ir á libertar á su pueblo.

Moisés recurrió á las súplicas, y éstas fueron desoídas; recurrió á las amenazas, y no se hizo caso de ellas: echó mano de los castigos de las famosas plagas de Egipto, bien lo sabeis; no tengo necesidad de repetiros aquí lo que aconteció. Cierto es, que Dios escuchó los llantos y clamores de su pueblo: *Clamor filiarum Israel venit ad me*. (Ex. III, 9.) Sigamos, pues, reclamando nosotros los derechos de la Iglesia y su libertad. Sigamos rogando á Dios, para aplacar su indignación, y para detener el curso de sus santas venganzas, y, tal vez, cuando menos lo aguardemos, veamos el cambio obrado por la diestra del Omnipotente, y oigamos la voz que exclama, para nuestro consuelo: *Clamor filiarum Israel venit ad me*.

¡Oh! sea así, Dios mío, os lo ruego; oíd á vuestro Vicario, aunque sea quizás el más indigno de cuantos le precedieron en los diez y nueve siglos, que casi van transcurridos. Vos Dios mío, fuisteis el plantador de esta viña católica; Vos la regasteis con vuestra sangre preciosísima. Acordaos, pues, de una viña, *quam plantabit dextera tua*. Acordaos de estos pueblos, que claman, gritan, piden misericordia, y bendecid á todos los que están aquí presentes; bendecid también á todos los ausentes, é inspirad á los corazones, que no estén todavía endurecidos y ciegos, un sentimiento de fé; y á los que opongan tanta dureza á tanta bondad vuestra, inspiradles, á lo menos, un sentimiento de honor, para que dejen proseguir tranquila á vuestra Iglesia el camino, que Vos mismo le habeis trazado, la santificación de los pueblos.

En tanto, sigamos nosotros haciendo, que en las bóvedas de los sagrados templos resuenen los cánticos espirituales, y obtenido, como es de esperar, el divino auxilio, pido á todos, que seáis columnas firmes y estables, que no se doblen al ímpetu del adversario; ó rocas incommovibles, que desafíen el furor de las tempestades.

Ahora, prosternados ante Dios, pedidle su bendición, una bendición que os infunda el valor de que necesitáis, y que despues de habérselo concedido, os lo sostenga constante, hasta que nos sea dado ver el crepusculo de estos tristes dias, desputando la aurora

de triunfo, de reposo y de paz. Que esta bendición penetre en vuestras familias, las haga prosperar, especialmente en el ejercicio de las virtudes, y por la intercesion de la Reina de los Santos, y de los Santos mismos, lleguemos á ser dignos de bendecir á Dios por todos los siglos eternos.

Benedictio Dei, etc. (1).

El *Diario de Florencia* del 27 de Abril, refiere que en el último viernes la audiencia del Padre Santo ha sido señalada con un verdadero escándalo. Mientras que el Papa recorria las filas de los visitautes, percibió más allá de las personas que recibian de rodillas la bendición un señor negligentemente sentado sobre un taburete con las piernas cruzadas una sobre otra. El Padre Santo, en quien la magestad iguala á la dulzura, dijo con tono lleno de dignidad: ¿Quién es esta persona, que viola la etiqueta del palacio pontifical, y que viene á insultarme en mi morada? Todas las personas presentes, volvian la cabeza para ver la persona designa-

(1) Recuerden nuestros lectores, que, en el *Prospecto* de la *Suma Filosófica del siglo XIX*; publicado, el 24 de Diciembre 1869; fiesta de la Natividad del Señor: anunciamos la proximidad de una crisis, *religiosa y social; espantosa*. Y no podrán menos de convenir en que Su Santidad, Pio IX; no solo revela esa misma crisis, en su inspirado discurso; que, arriba; insertamos: sino la terminacion de la misma; por trágica, y insólita manera (aunque, no nueva; para la justicia de Dios!); si los Gobiernos; que, hoy; combaten á la Iglesia de Jesucristo, no cambian de conducta!

La guerra franco-prusiana de 1870; los desastres de la *Commune* de Paris, en 1871; sin hablar de otras guerras y desgracias, posteriores; no fueron sino, el crepusculo de esa crisis; que llamó *Disraeli*, hace poco: la gran crisis del mundo; acerca de la cual, entramos en consideraciones anticipadas; en la carta, inserta, en el tomo II, 2.ª parte, de la *Suma Filosófica del siglo XIX*, pág. 267; fecha 23 de Enero 1861.

N.

Barcelona, á 28 de Abril 1875.

da, cuando ya dos guardias nobles habian tomado al desconocido por el brazo, conduciéndolo fuera de la sala, sin oponer resistencia alguna. Protestaba, que no habia pretendido en lo más mínimo insultar al Padre Santo, porque, no siendo católico, habia creído poder permanecer sentado. Habiendo tomado informes de quien podría ser este extranjero, se averiguó, que se llamaba Newton, preceptor de los niños de sir Augusto Paget, ministro de Inglaterra cerca del rey de Italia. Habiendo llegado á conocimiento de sir Augusto Paget este incidente, ha despedido á M. Newton, sin oírle siquiera, haciendo poner sus enseres fuera del hotel. Sir Augusto se ha apresurado á escribir al Cardenal Antonelli una carta de excusa, presentando también sus excusas de viva voz al Padre Santo.

Entre los extranjeros admitidos ayer en la audiencia de Su Santidad, llamó especialmente la atención una diputacion inglesa, que se presentó espontáneamente á dar una satisfacion pública al Padre Santo, acerca de la conducta inconveniente observada en su presencia por uno de sus compatriotas. Su Santidad recibió á la diputacion con particular benevolencia, y le manifestó, que su severidad para con M. Newton la juzgó necesaria, por el deber que tiene, de proteger su autoridad contra todo insulto, de quien quiera que proceda.

Segun un telegrama de Roma del 26, el Senado italiano ha desechado el art. 11 de la ley de quintas, que declaraba el servicio obligatorio para los eclesiásticos. Las palabras de Su Santidad, en que, apostrofando evangélicamente á Victor-Manuel, condenaba terminantemente esta medida, han debido contribuir á este resultado.

Ayer anunciámbamos, que el Senado italiano, teniendo en cuenta, sin duda, las palabras recientes del Pontífice, y la emoción que habian producido en Italia, habia desechado el artículo de quintas, votado por el Congreso de los diputados, en el que se sometia al Clero al servicio militar.

Segun nos anuncia hoy el correo, en la sesion del 21 de Abril, el Senado habia dado

ya muestras de los sentimientos que le animaban, votando, á propuesta del senador M. Angioletti, y contra la opinion del ministro de Justicia, M. Vigilant, que se incluya en el Código penal de Italia un artículo, castigando la blasfemia (la *bestemmia*) con un mes de prision.

Esta votacion ha producido, dice *L'Armonia*, periódico católico de Turin, profunda impresion en todas partes.

Se lee en la *Unidad Católica* de Turin:

«Una ilustre señora genovesa, cuyo nombre debemos callar, despues de haber contribuido repetidas veces al *Dinero de San Pedro*, ha tomado, últimamente, una determinación, que recuerda los sublimes arranques del espíritu cristiano, que registran los hechos de los Apóstoles. Duenña de una vasta posesion, que fué el marquesado de sus antepasados, ha resuelto, que mientras duren las actuales circunstancias en que se encuentra la Santa Sede, dos tercios de las rentas se depongan cada año á los pies de Su Santidad, y el tercio restante se emplee en obras de beneficencia, en el mismo lugar donde radica la finca. Esta sabia y generosa resolucion fué manifestada al Santo Padre, quien se ha dignado aceptarla, y hacer público su agradecimiento, enviando á dicha señora un autógrafo altamente satisfactorio.

«Por lo cual tendremos el honor de recibir y entregar á Su Santidad, probablemente en dos remesas, los dos tercios de renta, que no bajarán de 5,000 francos. Es, pues, evidente, que si la Iglesia tiene, hoy día, un grande y generoso Pontífice, Dios le consuela en sus aflicciones, suscitándole grandes y generosos hijos. ¡Aleluya! ¡Viva el Papa! Viva Pio IX!!! (1).

- (1) *Ubi spiritus Domini, ibi libertas.*
cor. iii, 17.

De ese cuadro de los triunfos parciales, alcanzados, últimamente; en los diferentes países del mundo civilizado; esto es, del mundo civilizado por el Cristianismo, y por la acción latente de la Iglesia Católica; cuya influencia, concédase ó no; rechácese ú admítase; se deja sentir; hoy, más que nunca; en

todas las naciones; y, más todavía que en las que se llaman *Católicas*, en las que se tienen á sí mismas por *Protestantes*: resulta, pues; para el lector, que medite; con la mirada del espíritu fija en Dios, y en lo que pudiéramos llamar, su *diplomacia divina*: que, hoy; todos los pueblos, si no han alcanzado aún la completa libertad, que solo se deriva del espíritu de Dios; están, muy próximos á obtenerla; formando causa común, con el Vicario de Cristo: y esperando de su adhesión á la Santa Sede, de su constancia cristiana; y de la práctica de sus deberes públicos, y de las virtudes privadas: el gran triunfo material y definitivo, que aguarda á la Iglesia de Dios; sobre todos sus enemigos, y adversarios; y que la hará reconocer por *Madre comun de todos los hombres* (*El fiet unum ovile, et unus pastor*, JOAN. X, 16). ¿Cuándo, y cómo se verificará ese cambio portentoso, esa gran *Revolucion*; que, en el *orden religioso*; entrevieron y anunciaron todos los Profetas de la Ley antigua, y de los tiempos modernos?... Secretos divinos; que Dios, en su sabiduría inapeable; se reserva, y que no nos toca descifrar! Ello es: que la palabra del Soberano Pontífice recorre, hoy; la tierra, con la rapidez del rayo: todas las naciones invocan á Dios; y esperan, de su brazo omnipotente; el remedio á los graves males; que todas presencian, y reconocen como un justo castigo de sus graves faltas; que puede convertirse en meritoria expiación: *todas ansian, más ó ménos; el mismo triunfo, infalible; de la verdad absoluta*; que solo reside en Dios, y en su Iglesia; y que forma, hoy día; el *Ensueño de oro* de todas las razas y pueblos: *todas esperan ese triunfo*, que no puede basarse en un error; puesto que no es privilegio del error, el ser *universal*; esto es, católico; y, por lo tanto; el gran triunfo místico de esa misma verdad es, ya; más que un deseo, una aspiración generosa, un delirio: es... *una realidad!* Y, ántes de muchos años; habrán de convenir todos los cristianos: esto es, los hombres del mundo entero; en la exactitud de esta apreciación. Que todas las Filosofías han dado, ya; su fruto: precario, y sin virtud expansiva. Toda belleza artística y literaria se ha manifestado, ya; en el mundo; con su carácter y tipo, propios. La política, si no la ciencia; ha dicho, ya; su última palabra. Y, de todo ello ¿qué resulta, sino una *mayor y más intensa necesidad* de

Dios y de su gracia, inefables; superiores á todo lo humano, y humanamente asequible necesidad, que existe, porque ha de verse satisfecha!... Hombres del siglo XIX: hé, ahí; el gran cambio, el gran Progreso; que se os prepara; y de que todos llevais el sentimiento, en vuestro corazón!!! Así per-

mita Dios, en su infinita bondad y misericordia; que se os acorte el plazo!!!

N.

Barcelona, á 2 de Mayo 1873; fiesta de la Invenzion de la Santa Cruz.